

ción. Aun allí donde la fe y la caridad se han debilitado, experimenta todavía un violento deseo por las cosas más elevadas el alma que oye estas palabras: «Alcé mis ojos hacia los montes de Jerusalén, de donde me ha de venir el socorro». (1)

Con todo, no basta desear las alturas y contemplarlas á menudo. Las montañas de la tierra, ofrecen ordinariamente un aspecto más hermoso vistas de lejos, que contempladas de cerca; y con frecuencia no vale la pena verificar la ascensión á las mismas. Pero, como todo lo que proviene de Dios,—las cosas de la fe, las virtudes, las revelaciones y las apariciones sobrenaturales—las santas montañas tienen la especialidad de parecer de lejos poco atractivas, antes bien, al primer golpe de vista parecen repelentes. Para apreciar su interés, preciso es ponerse en marcha hacia ellas, y, á medida que uno avanza, queda sorprendido de descubrir en ellas arrobadores encantos. (2) Para gozar de las cosas bellas de la santidad, no basta la contemplación ociosa, sino que es preciso la práctica activa.

De aquí que se haya dicho de la perfección: «¡Dichoso el hombre que en ti tiene su amparo, ¡oh Dios mío!, y que ha dispuesto en su corazón, en este valle de lágrimas, los grados para subir hasta el lugar santo que destinó Dios para sí! Porque le dará su bendición el Legislador, y caminará de virtud en virtud; y el Dios de los dioses se dejará ver en Sión». (3)

Según la enseñanza de los Santos Padres, toda la doctrina de la perfección se encuentra en estas pocas palabras.

No es feliz quien habla únicamente de la perfección y quien, con relación á ella, se limita á piadosos deseos; sino que sólo lo es quien, confiado y obediente á Dios, procura elevarse valerosamente hasta El.

(1) Psalm., CXX, 1.

(2) Gregor. Magn., *Mor.*, 5, 56; *Evangel.*, 2, 36, 1. Thomas, 3, q. 30, a. 3, ad 3. Raimund., *Vita S. Cathar. Sen.*, 1, 5, 85. Benedict. XIV., *Canoniz.*, 3, 51, 3, 4; 53, 11. Durand., *Visión.*, 11. Alvarez a Paz, III, l. 5, p. 4, 2, 11; 3, 8, 9. Pineda, *Job*, 4, 16. Scaramelli, *Myst.*, tr. 4, n. 225. Schram., *Theol. myst.*, § 324.—(3) Psalm., LXXXIII, 6, 7, 8.

Ahora bien, la ascensión á esta santa montaña se hace en tres jornadas. (1)

Desde luego, es preciso abandonar este valle de lágrimas por medio de las cinco prácticas que constituyen el camino de la purificación: el alejamiento del pecado, la práctica de la penitencia, la extirpación de las malas inclinaciones y de los hábitos viciosos que el pecado ha dejado en el alma, el ejercicio de la mortificación y el de la oración.

La segunda jornada, que se hace por la vía iluminativa, consiste en el enojoso viaje de virtud en virtud. Cuádruple empresa espera en él al viajero: desligarse de las criaturas, practicar la oración interior ó meditación, practicar las verdaderas virtudes con la imitación de Jesucristo, y recibir frecuentemente los Sacramentos, gracias á todo lo cual, el que progresa en la virtud, puede sobre todo adquirir un aumento de auxilio sobrenatural de que tanta necesidad tiene.

Finalmente, esta ruta conduce cerca del lugar que se ha propuesto uno alcanzar, ó mejor, que Dios ha fijado como objetivo á todo hombre, á saber, la unión con Él. Esta última etapa es, como ocurre siempre en la ascensión á las montañas, la más penosa. Tres medios especialmente ayudan á recorrerla. El primero consiste en el desprendimiento personal. Pero como es esto algo excesivamente difícil para las fuerzas humanas, aun con el auxilio de la gracia, toma Dios, por decirlo así, personalmente esta empresa entre sus manos, y envía al hombre, para purificarle de los últimos restos de su egoísmo, pruebas exteriores y tormentos interiores. (2) El segundo, consiste en los esfuerzos para apropiarse la más elevada virtud heroica. Para llegar á ella, preciso es con frecuencia realizar acciones extraordinarias, pero siempre los pequeños consejos y los deseos de Dios. Finalmente, la ascensión á la cima se ve-

(1) En la explicación de lo que aquí se dice (Conferencia XVII, 19), deberán ser puestos de relieve algunos puntos por modo especialísimo, porque allí parece que hay algunas diferencias en contra de lo que aquí se afirma.

(2) La llamada *purgatio passiva*; véase más arriba, IX, 9.

rifica con la donación completa de uno mismo á Dios, mediante el recogimiento interior, la vida de unión con Él por el sentimiento continuo de su presencia, la sumisión completa á su voluntad en todas las acciones exteriores y en todos los deseos íntimos. Esta es la más alta perfección que el hombre puede alcanzar aquí bajo, es decir, mientras camina en la carne.

**2. El protestantismo como adversario de la obediencia y de la dirección espiritual.**—En la vida ordinaria, todo el mundo sabe que es una temeridad y una locura emprender una ascensión sin un guía experimentado. Á pesar de esto, siempre hay desgraciados á quienes un orgullo mal entendido impulsa á esta insensata audacia. Pero la voz de la razón los condena del modo más severo, y casi siempre acaban mal sus tentativas, pues ora se extravía uno, ora muere de hambre, ora rueda por un precipicio. Felices los que reconocen su simpleza á tiempo y vuelven á su punto de partida para recibir las censuras que merecen.

Pero á donde el hombre cree poder ascender solo, es especialmente á la montaña de Dios, cuya cima se remonta al cielo y se oculta á nuestros ojos.

Sin duda que todos estarán conformes en que nadie considerará como una vergüenza confesar que todavía no es maestro, ni mucho menos, en la más elevada de todas las ciencias y en la más difícil de todas las artes, en la ciencia y en el arte de perfeccionarse á sí mismo. <sup>(1)</sup> Sin duda que los más santos entre los santos suscribirían de todo corazón la confesión de Hugo de Trimberg:

«Hace más de sesenta y cuatro años que voy á la escuela, pero juro ante Dios que no conozco el abecé del arte que aleja de este mundo y conduce al cielo. Verdad es que muchos creen volar muy alto; pero yo me considero todavía muy alejado de la sabiduría que ambiciono lograr». <sup>(2)</sup>

(1) Augustin., *Ep.* 250, 2. Isidor. Pelus., *Ep.* I, 260.

(2) Hugo von Trimberg, *Renner*, 17, 860 y sig.

Sin embargo, sea que uno no tenga idea de la ciencia de los santos, sea que haya renunciado por completo á los esfuerzos para llegar á la santidad, ó que crea ser ya suficientemente perfecto para poder prescindir de toda dirección, triste es confesar que especialmente en el camino de la santidad es donde no se quiere reconocer la necesidad de una dirección.

Y todavía es peor que se llegue á veces hasta erigir en principio la lucha contra ella, y que se la predique como la línea de conducta que debe proponerse el que desea ser libre. Por desgracia, semejante espíritu casi se ha convertido en espíritu general. Considérase uno á sí mismo, no sólo como perfecto, por cuanto está convencido de que no tiene necesidad de dirección, sino que mira con desdén, y enseña en todas partes á considerar y á tratar con desprecio á los que creen que deben recorrer el camino de la perfección de conformidad con los sencillos principios de la razón ordinaria, es decir, sometiéndose á una dirección segura.

El orgullo y la temeridad lo son todo, antes que un signo de perfección; y si un modo de pensar y de obrar conduce á rechazar los otros, nadie encontrará en este modo una garantía de que necesariamente hace perfectos á los que lo siguen. Pero, sin entrar en estas consideraciones, el espíritu de secta de todos los tiempos ha tomado siempre como punto de partida la expulsión de la obediencia en las cosas religiosas, y sobre todo, en la vida moral.

Sin embargo, jamás ha tenido esto lugar por modo tan decisivo y constante como desde la Reforma. Bien podemos decir que este punto es, propiamente hablando, el principio que originó aquella gran escisión en el seno de la Iglesia, y que la sostendrá ó acabará con ella. Esta es la razón por la cual es casi el único en el cual están acordes las numerosas sectas modernas, y el único lazo de unión entre ellas. Que éstas nieguen lo que quieran,—la divinidad del Salvador, la redención de la humanidad con su muerte, la Santísima Trinidad, la resurrección de la

carne—mientras protesten contra la autoridad y el deber de obediencia en la fe y en la vida espiritual, sus adeptos serán protestantes y se reconocerán por este signo. <sup>(1)</sup>

Sin duda que hay también en el seno del protestantismo muchas buenas personas que experimentan todavía la influencia de la vieja cepa católica. Pero éste es únicamente asunto personal suyo y de la gracia divina, que visita igualmente á esas almas rescatadas por la sangre de Jesucristo, é inducidas en error sin culpa suya. Desde este punto de vista, ya no son verdaderos protestantes. Pero sea de esto lo que se quiera, aun en el caso en que ciertas personas quieran ser piadosas sólo por su propia cuenta, y estén dispuestas á convertirse en lo que uno quiera, excepto en católicas, hay siempre en ellas una inclinación oscura, inflexible, á desviarse de la vía de salvación establecida por Dios, una inclinación á la jactancia y á la terquedad. De aquí que, en los mejores de ellos, en gentes que personalmente no podrían ser más serias, se descubre cierta cosa que recuerda la comunidad de que forman parte, es decir, cierto aire de rigidez. Sí, esas gentes abandonadas á sí mismas, y que aspiran á obtener su salvación sin dejarse guiar por una autoridad divina infalible, tienen un aspecto exterior rudo, amanerado, que nos parece insoportable y contra natura, tanto como á ellas les parece imposible familiarizarse con nuestro orden de salvación. <sup>(2)</sup>

**3. El camino estrecho, el camino ancho y la bifurcación.**—Aquí es donde precisamente puede verse la penosa situación de esas personas que no viven bajo la dirección segura de una Iglesia fundada por Dios.

Su Iglesia enseña al católico, del modo más exacto, no sólo lo que debe creer, sino también lo que debe practicar para conseguir la paz del alma. Naturalmente que permanece él siempre en libertad de aceptar ó no su dirección, porque su más próximo é inmediato director es y continúa

(1) Cf. Weiss, *Die religiöse Gefahr*, (3), 164 y sig., 239, 244, 445 y sig.

(5) Schmöger, *Kath. Emmerich*, (2) I, 391 y sig.

siendo su conciencia. <sup>(1)</sup> Pero ésta no aparece sola ante su empresa llena de responsabilidad, sino que está aconsejada por la autoridad divina de la Iglesia.

El que no es católico forma parte de una comunidad que no se preocupa de su salvación. Propiamente hablando, no le enseña más que lo que debe evitar creer para no caer en manos del Catolicismo. Poco le importa que viva y se conduzca como le plazca. Si le pregunta lo que debe hacer para conseguir su salvación, le responde: «Esto no me compete en manera alguna; es asunto particular tuyo». <sup>(2)</sup> De aquí esas inquietas investigaciones á que se entregan nuestros hermanos separados para obtener la certeza de su salvación; y de aquí esos consejos que piden por todas partes, esos tanteos sin objeto y sin resultado, que constituyen el carácter propio de su mística subjetiva.

Sin duda que esa falsa dirección que desde su juventud han emprendido será, para muchos de ellos que son mejores que la comunidad de que forman parte, una excusa ante el Juez Eterno. Pero ¿no hay para cada uno de ellos momentos en que les es imposible desconocer la verdad?

Ciertamente, no hay hombre alguno que con frecuencia no se haya preguntado en su vida dónde se encuentra la verdad y á quién hay que dirigirse para poseerla. De repente se ha encontrado en presencia de una especie de bifurcación. De un lado, ha visto un camino ancho y cómodo, en dulce pendiente, pero perdiéndose bruscamente en lontananza. Hasta donde su mirada podía seguirlo, descubría numerosos viajeros que lo recorrían como bien les parecía. Pero, al llegar al extremo, todos desaparecían: diríase que caían en un precipicio. Por el lado opuesto, aparecía un camino penoso, estrecho, lleno de toda suerte de obstáculos, una verdadera senda de montaña. Sin duda

(1) Por consiguiente, aunque muy moderna é ingeniosa, es completamente falsa la relación que Murisier (*Les maladies du sentiment religieux*, 41), siguiendo á Maine de Biran, establece entre el guía espiritual y el alma cristiana y el magnetizador y el magnetizado. Cf. más abajo, *Apéndice*, n.º 7 y 8.

(2) Matth., XXVII, 4.

que, por esta razón, pocos eran los que lo tomaban. Pero nadie lo recorría sin llevar consigo un guía. En lo alto, pasaba el camino por una estrecha puerta. ¿Qué había detrás de aquella puerta? Nadie lo veía. Pero siempre que se abría para dar paso á un recién llegado, distinguíase una especie de resplandor, y se oían cantos de júbilo. Entonces volvía sobre sus pasos el guía para ofrecer sus servicios á otro viajero. En la misma bifurcación, hallábase una cruz. En uno de sus brazos podía leerse: «Dirección, obediencia;» y en el otro estaba escrito: «Orgullo».

¿Es que esto no debe bastar á todos para hallar el verdadero camino? ¿Es que no oye cada cual que su corazón le dice que, sin dirección, le es imposible hallar el camino que conduce á la vida, y, por consiguiente, practicar la obediencia? ¿Hay alguien que ignore lo que el Salvador dijo á propósito del camino ancho y del camino estrecho? <sup>(1)</sup> ¿Quién es el que por largo tiempo puede seguir un camino falso sin caer en falta?

**4. La obediencia base del honor.**—Pero, desgraciadamente, se ha llegado hasta el punto de que á la pregunta para saber si sigue uno el camino bueno ó el malo, ya no se responde de conformidad con las indicaciones de la razón y del Evangelio, sino únicamente de acuerdo con consideraciones tomadas del espíritu del mundo extraño á Dios, y que no parece sino que sólo impresionan á los corazones mundanos.

En una época en que el odio á la obediencia, de tal modo se ha desarrollado, que se discute públicamente la cuestión de saber cómo puede inculcarse á las masas el espíritu de rebelión; en una época en que, á pesar de las revoluciones sin cesar renovadas, quéjense todos de que la ciencia de la revuelta está todavía en la infancia, <sup>(2)</sup> se ha presentado un teólogo protestante, muy aclamado y elogiado, que pasa por completo en silencio las enseñanzas y ejemplos del Salvador relativos á la obediencia, y que sos-

(1) Matth., VII, 13, 14.

(2) Bodichon, *De l'humanité*, I, 308.

tiene, por modo mundano, que es condenable la práctica perfecta de la obediencia, por la única razón de que equivale á una renuncia de la dignidad personal. <sup>(1)</sup>

Según este principio, Aquél que, por amor á nosotros, practicó la obediencia más perfecta, hasta morir en cruz; <sup>(2)</sup> Aquél que prefirió sacrificar su vida á sacrificar la obediencia, <sup>(3)</sup> no hizo otra cosa que abdicar de su dignidad.

En verdad que es llevar un poco lejos la laicización de la teología y la adulación con relación al espíritu del mundo. Pero ¿en qué se convertirá nuestra salvación, si la hacemos depender de los juicios del mundo, y de sus juicios sobre el honor en particular?

¿Qué es lo que sabe el mundo en materia de honor? Ya á la Edad Media, á una época que enumeraba el honor entre los grandes bienes de la vida, <sup>(4)</sup> dirigíale el poeta estos reproches:

«Antiguamente valía algo el honor, pero ahora vale más el dinero». <sup>(5)</sup>

Si esto era ya verdad en aquella época, ¿qué decir de la nuestra?

En aquel tiempo, pensaban y decían todavía:

«El honor es superior á las riquezas. Sin honor, nadie es rico». <sup>(6)</sup>

«Pérdida de bienes, pérdida insignificante; pérdida de valor, pérdida á medias; pérdida del honor, pérdida completa». <sup>(7)</sup>

Hoy, ¿quién es el que comprende todavía este lenguaje? El mundo no conoce otro Dios que el dinero. ¿Quién es el que no prefiere las riquezas al honor? ¿Qué es lo que hace á uno un hombre sin honor, con tal que tenga dinero? ¿Quién no ha tasado, según el dinero, lo que posee? Cuan-

(1) Ritschl, *Versöhnung und Erlösung*, III, 290, 574.

(2) Phil., II, 8.

(3) Bernard., *Offic. episcop.*, 9, 33.

(4) Zarncke, *Deutscher Cato*, 68.

(5) *Wiener Meerfahrt*, 20 y sig. (Mailath, Colozs. Cod. 55).

(6) Körte, *Sprichwörter der Deutschen*, (2) 1228, 1229.

(7) *Ibid.*, 3077.

do Hegel hace depender el valor y el carácter del hombre de su fortuna y de sus bienes; <sup>(1)</sup> cuando Fichte hace depender de ellos la libertad, <sup>(2)</sup> y Rothe la virtud, <sup>(3)</sup> ¿cómo esperar que alguien pueda distinguirse aquí bajo, si carece de dinero?

Á lo más con una pistola ó una espada. Porque allí donde la noción del honor ha degenerado hasta este punto, no hay que asombrarse de que cualquiera se convierta en asesino de su amigo, porque éste le haya hecho caer inadvertidamente el sombrero, ó pisado la pata de su perro.

Hace ya mucho tiempo que, sobre esta especie de sentimiento del honor, expresóse así un verdadero poeta:

«Devolver golpe por golpe, incendio por incendio, rapiña por rapiña y deshonor por deshonor; pegar á uno y mutilarlo, ¿consiste en esto el verdadero honor? ¿Es que, en este caso, los bandidos, que sólo conocen el robo, el asesinato y el incendio, no son también hombres de honor?» <sup>(4)</sup>

¿Y nos será preciso sacrificar el Evangelio y el cielo, porque se nos diga que, en esta sociedad del dinero y por la gracia del sable, ya no se honra á la obediencia?

¿Como si, por lo contrario, no fuese una recomendación para la modestia, la moderación y la obediencia cristianas, el que nos llenen de valor y de fuerzas para resistir á una noción tan falsa del honor!

¡Guárdenos Dios de ambicionar semejante honor! No comprendemos cómo ningún cristiano puede desearlo. Pero sí comprendemos perfectamente que, deseándolo, se aparta de Jesucristo, sol de los espíritus y luz de la vida.

Sin duda que el Espíritu de Dios ordena el sentimiento del honor. No son únicamente los caballeros los que dicen: «Mi honor y mi vida» <sup>(5)</sup> «Antes perder la vida que

(1) Hegel, *Philosophie des Rechtes*, § 51.

(2) J. G. Fichte, *System der Sittenlehre*, § 23, III; § 24, 3.

(3) Rothe, *Christl. Ethik*, (2) III, 143, 206, 474.

(4) *Warnung*, 885 y sig., 901, 907 y sig.

(5) Calderón, *Jungfrau des Heiligtum* (Lorinser III, 71).

el honor»; <sup>(1)</sup> sino que también el mismo Apóstol se sirve de idénticas expresiones. <sup>(2)</sup>

Pero es éste un honor completamente distinto de aquél por el cual los insensatos de este mundo se desprenden de la vida, y, con la vida, del honor. No es así como obra el corazón cristiano. Para él, es la vida un bien inestimable, y, sin embargo, el honor es todavía un bien mayor.

Según las ideas cristianas sólo poseemos la vida para merecer nuestro honor.

Sí, preciso es merecer el honor. Nadie lo trae con la vida, como tampoco la virtud. Nadie puede regalarnos la virtud, sino que debemos adquirirla, lo mismo que el honor, con nuestra propia actividad. Pueden otros honrarnos, pero nosotros somos los que debemos procurarnos el honor.

Ahora bien, los testimonios de referencia sólo tienen razón de existir allí donde el honor es considerado como una consecuencia de la virtud. Muy bien expresa el proverbio ambas cosas: «El honor precede á los honores. El honor es la sombra de la virtud. <sup>(3)</sup> El honor es recompensa de la virtud, <sup>(4)</sup> y testimonio de las verdaderas cualidades interiores». <sup>(5)</sup> Así, pues, el camino que conduce al verdadero honor es la virtud verdadera y sólida, <sup>(6)</sup> y no huecas apariencias, vanas palabras y poder grosero, ni menos esa cobardía que consiste en evitarse con el suicidio los esfuerzos para vencerse, la abnegación personal y el cumplimiento del deber. «No se adquiere la inmortalidad—dice Dante—tendido sobre el plumón; sin celebridad, la vida del hombre deja una huella parecida á la del humo en el aire y á la de la espuma en la onda». <sup>(7)</sup>

(1) Fulbert. Carnot., *Ep.* 96; *Chanson de Roland*, 1701. Konrad, *Rolandslied*, 6019 y sig.

(2) I Cor., IX, 15.

(3) Kœrte, *Sprichwörter der Deutschen*, (2) 1231, 1232.

(4) Thomas, 2, 2, q. 129, a. 4.

(5) Thomas, 2, 2, q. 103, a. 1.

(6) Augustin., *Civ. Dei*, 5, 12, 3.

(7) Dante, *Inf.*, XXIV, 47 y sig.